

I am very much obliged to you, my dear Anna, for the happiness to come to me, but I have not much to say now, and I am sure to be very happy.

BUENAS INTENCIONES



ANNA
CASANOVA

Charlotte's letter is very interesting, and I am obliged to you for wishing it to be read. I should have said, no doubt, that I should have written to you so much earlier, but I have been so busy with my cousin's affairs. They are very interesting.

BUENAS
INTENCIONES



ANNA
CASANOVAS



Umbriel Editores

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.ª edición Noviembre 2018

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2018 Anna Casanovas

All Rights Reserved

© 2018 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.umbrieditores.com

ISBN: 978-84-17312-93-0

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Marc, Àgata y Olivia

*...y para Jane Austen y todas las mujeres que luchamos
por nuestros sueños, cometemos errores y volvemos a in-
tentarlo.*

Lo peor de un carácter demasiado blando e indeciso es que ninguna influencia que se ejerza sobre él es fiable. Nunca estamos seguros de que sea duradera la huella de un buen consejo.

Capitán Frederick Wentworth *Persuasión*, JANE AUSTEN.

Fue, quizá, uno de esos casos en los que el consejo es bueno o malo según la situación; yo desde luego en circunstancias parecidas jamás daría ese consejo.

Anne Elliot *Persuasión*, JANE AUSTEN.

1

Walter Elliot

Walter Elliot odiaba a los críticos culinarios; en su mente había asesinado a más de uno con técnicas muy creativas. Dichas técnicas implicaban, obviamente, utensilios propios del bello arte de la cocina y algún que otro elemento cotidiano como por ejemplo servilletas, lápices o un delantal que no lo llevaba el asesino sino la víctima alrededor del cuello.

Walter estaba convencido de que la inmensa mayoría de críticos eran cocineros frustrados, hombres y mujeres amargados porque nunca habían logrado dominar los fogones y que solo conseguían desquitarse —y vengarse— arrastrando por el barro el buen nombre y la buena reputación de los auténticos restauradores. Cuando recibía una crítica encomiable o cuando su querido y adorado restaurante londinense resultaba merecedor de algún premio o estrella culinaria, el señor Elliot cambiaba completamente de opinión y defendía la imparcialidad y la genialidad del autor de esas palabras. Había críticos honorables, tenía que haberlos, y eran justo los que visitaban y alababan el Musgrove. En la pared principal de su despacho, justo a la altura de los ojos de cualquiera que entrase a visitarlo colgaba, ataviada con un marco dorado y ostentoso, la carta que había recibido años atrás del jefe de protocolo de la casa real inglesa otorgándole el sello de aprobación de la corona. El que dicho sello en la actualidad tuviese muchísima menos importancia que una medalla de Trip Advisor a él le daba igual, en realidad, se vanagloriaba de no leer nunca las opiniones que dejaban los turistas paletos en esa página web, ni en ninguna otra del mismo estilo. Su restaurante estaba por encima de todo eso. Muy por encima. Hasta que quedó completa-

mente debajo.

Cuando vendió el restaurante lo disfrazó de jubilación a pesar de que este había seguido abierto incluso después del fallecimiento de su esposa Millicent, que le había dejado antes de tiempo y sin darle la oportunidad de aprender ni siquiera uno de los múltiples papeles que ella desempeñaba en el negocio. Se guardaba mucho de decir en voz alta que las pérdidas de los últimos años eran culpa de la muerte de su esposa, lo que no implicaba que no lo creyese firmemente, y también se aseguraba de no mencionar nunca en voz alta que si Millicent hubiese gestionado mejor su enfermedad, él no habría tenido que desprenderse del Musgrove, hecho que también era cierto. Estaba convencido de que Therese, su hija pequeña, le daría la razón, a pesar de que los Elliot no tenían esa clase de relación, en su familia no se hablaba de dinero, se tenía. Siempre había sido así, incluso cuando la situación empeoró y vendió el restaurante y la casa de Londres. Fue después de la boda de Juniper, la mayor de sus hijas y la más independiente y, según él, la más lista pues había elegido un marido que iba a garantizarle la vida a la que estaba acostumbrada. La mediana, Anne, era una completa desconocida para Walter y no le importaba demasiado. Era lógico que no sintiera la misma afinidad por sus tres hijas y en realidad él nunca se había esforzado por establecer ninguna relación especial con ellas, él se ocupaba del restaurante y se suponía que ellas lo entendían.

Desde pequeña Anne le había parecido una niña extraña, demasiado distinta e intransigente, e incapaz de entender lo que de verdad significaba pertenecer a la familia Elliot. Walter, a pesar de que disfrutaba plenamente de las ventajas de vivir en pleno siglo XXI, defendía que la relación entre padres e hijos debía regirse por las normas de antaño, a él todo eso de hablar a los hijos como iguales o de escuchar sus opiniones le había parecido siempre una insensatez, por no mencionar que lo de abrazarlas le resultaba una vulgaridad.

El traspies que había sufrido su situación económica le

había complicado últimamente las cosas y le había obligado a cambiar de hábitos; la peor consecuencia de dicho menoscabo social era que tenía que convivir con Therese y con Anne en Bath, pero eso se solucionaría pronto.

Él reabrirla el restaurante y volvería a Londres; con algo de suerte ninguna de sus amistades se enteraría de lo sucedido y creerían que había pasado esos años descansando, recuperándose del fallecimiento de Millicent. Solo necesitaba un empujoncito económico. Los últimos intentos de obtener liquidez no habían servido de nada, pero tenía el presentimiento de que su suerte iba a cambiar pronto, en quince días, para ser más exactos.

Juniper y su marido habían vuelto de Alemania y para sorpresa de todos también habían decidido instalarse en Bath y organizaban una fiesta en su apartamento para celebrarlo. Sí, esa fiesta consiguió hacerle sonreír y se levantó de la butaca para servirse una copa. Su yerno, aunque a él nunca le había gustado, tenía un cargo más o menos importante en un banco y en esa fiesta seguro que iban a estar sus amigos y compañeros de trabajo. Encontraría un inversor, lograría camelarse a algún alemán, no tenían que ser muy listos y Walter era un experto en llevarse a cualquiera a su terreno. Con la copa en la mano volvió a sentarse, en la mesa, junto a la lámpara de Murano, seguía el montón de papeles que le había entregado su abogado una semana atrás. Las deudas se estaban acumulando, vender las propiedades de Londres no había bastado para satisfacerlas porque Walter se había quedado con buena parte del dinero para instalarse en Bath. En ese momento, su hija mediana, Anne, señaló abiertamente qué opinaba de su padre, que lo consideraba un inconsciente por no destinar esos ingresos a pagar las deudas que los apremiaban. Él, obviamente, no se justificó ante ella. No habría sido propio de un hombre de su clase. Qué sabía su hija de esas cosas. Por suerte, Anne debió de comprender que había cometido un error porque desde entonces apenas le hablaba. Bebió otro sorbo de whisky antes de dejar el vaso encima de los documentos, la idea de mancharlos le provocó cierta satisfac-

ción.

Sonó el móvil y leyó en la pantalla el nombre del bufete de abogados. Años atrás, cuando su situación era otra, no habría contestado. Ahora lo hizo, pero no se esforzó en disimular su desagrado.

—Dígame.

—Buenas tardes, señor Elliot, quedamos que le llamaría hoy —le recordó el joven Lloyd hijo y empleado de Lloyd y Spencer, abogados asociados innecesariamente—. El banco exigirá un pago la semana que viene a cambio de no ejecutar la hipoteca de su residencia actual en Bath. ¿Ha conseguido esa financiación de la que hablamos?

Elliot tragó bilis.

—Tardaré unos cuantos días más. —Fingió que le aburría el tema—. Tiene que ganarme algo más de tiempo, para eso les pago.

No les pagaba, no en sentido literal (el único que les importa a los abogados), sino que llevaba años acumulando una deuda más que considerable y que con toda probabilidad estaba detrás de la del banco.

—La venta de la propiedad de Bath es la solución más rápida y eficaz, señor Elliot. Me temo que, aunque pudiésemos encontrar otra solución, no disponemos del tiempo necesario para ello. —El uso del plural denotaba la buena educación del señor Lloyd y no implicaba en ningún caso que el abogado se sintiese implicado personalmente en los problemas de su cliente.

—Es un banco y yo soy uno de sus clientes más antiguos e importantes, tiene que hablar con ellos. No pueden tratarme como si fuera un cualquiera. Les pagaré con creces y lo saben. Esta situación es temporal.

El abogado guardó silencio unos segundos antes de responderle:

—No dudo de que están al tanto de ello, señor Elliot, pero tal vez serían más receptivos si recibieran algo, una especie de señal de buena voluntad. Estoy convencido de que usted, acostumbrado a sus negocios, sabe a qué me refiero. ¿Cree que podría hacer algún pago parcial? Así se-

ría más fácil negociar con ellos, señor Elliot. Seguro que un hombre de su prestigio puede conseguir algún préstamo.

Walter preferiría morir antes que pedir dinero a alguno de sus amigos o conocidos.

—Tengo las joyas de Millicent.

Hasta ahora Walter se había resistido a tasarlas, le parecía un gesto de muy mal gusto y nada propio de un hombre de su clase social.

—¿Qué clase de joyas tenía la señora Elliot?

Notó el alivio del abogado y sonrió, seguro que se imaginaba diamantes o relojes de oro y de marcas prestigiosas. Nada más lejos de la realidad. Él nunca le habría regalado semejantes tonterías a su esposa, el dinero estaba para asuntos más importantes. Las joyas las había comprado Millicent el año antes de morir, había sido una especie de afición a la que él no le había prestado ninguna atención. ¿Qué podía tener de interesante recorrer las ferias de Inglaterra en busca de antiguallas? Pero ahora, hablando con Lloyd hijo —seguía molesto porque no le atendiera el padre— podía insinuar lo contrario y seguro que aquel pipiolo llamaría al banco en cuanto ellos terminasen de hablar. Se sintió eufórico al comprobar que seguía dándosele bien manipular a la gente. Era demasiado fácil.

—Las típicas. Y unas cuantas piezas muy antiguas —añadió para aumentar la curiosidad de su interlocutor.

—¿Cómo de antiguas?

Podía oírle salivar.

—Mucho. Millicent siempre decía que eran un tesoro. Nunca se las ponía, las guardaba en la caja fuerte. Incluso quiso convencerme para contratar una de esas cajas de seguridad —se inventó.

El abogado tecleó algo en su ordenador. Walter Elliot lo oyó entusiasmado desde el otro lado de la línea.

—¿Cuándo podríamos examinarlas? El tasador del bufete podría pasarse...

—Mi esposa se las dejó a mis hijas. —El ruido de teclas se detuvo—. Pero no será ningún problema. Hablaré con ellas hoy mismo.

—Perfecto. Entonces lo llamaré mañana para acordar una cita.

—No se preocupe, lo llamaré yo cuando lo tenga todo arreglado. Estos días estoy muy ocupado, tengo que reunirme con unos inversores. Usted llame al banco y póngalo en marcha.

Colgó. Dejar la conversación en aquel punto le resultó muy satisfactorio y el whisky le supo mucho mejor que antes. Rompió los papeles en un montón de pedazos y los dejó encima de la mesa dando el tema por zanjado. No iba a perder la casa de Bath, quería conservarla. Tal vez pasaría aquí las vacaciones cuando volviese a vivir en Londres. Era injusto que él tuviese que pagar las consecuencias de la imprevista muerte de su esposa. Además, todavía estaba enfadado con ella por cómo se había comportado esos últimos meses. Millicent había pasado de compartir su modo de pensar a mirarlo con cara de lástima. Era ella la que se estaba muriendo, no él, y sin embargo en sus ojos parecía lo contrario. Empezó a hacer cosas con las niñas, ¡cómo si volvieran a tener cinco años!, y a descuidar el restaurante y a él. Walter se dijo que había intentado ser comprensivo, pero el comportamiento de Millicent no tenía ni pies ni cabeza. Esas excursiones por los pueblos de Inglaterra, ese sentimentalismo vacío y esas tardes perdidas no la llevaron a ninguna parte. A ninguna. Ella acabó muriéndose de todos modos y ninguna de esas viejas joyas ni de esos libros ni nada de nada lo evitaron. Bueno, al menos ahora las joyas servirían para algo, no mucho, solo necesitaba un poco de tiempo. En la fiesta de Juniper conocería y seduciría — en el mejor de los sentidos— a algún inversor y todo volvería a la normalidad. Y si lo de esa fiesta no salía bien, volvería a llamar a Jack, su sobrino llevaba tiempo intentando convencerle de que participase en uno de sus negocios y Walter se había negado hasta ahora. Él no estaba para minucias, aunque tal vez había llegado el momento de hacer una excepción. Las joyas de Juniper, Therese y Anne le conseguirían el margen de tiempo que necesitaba para situarse. Lloyd y Spencer tardarían días en tasarlas y en des-

cubrir si por algún milagro eran más valiosas de lo que él creía.

Tendría gracia, pensó sonriendo, que al final fuera así. En cuanto esa idea se cruzó en su mente se puso en pie y cruzó el pasillo que conducía a las habitaciones de Therese y Anne. Habían comprado aquella casa poco tiempo después de casarse; Millicent había recibido una herencia inesperada tras la muerte de su única tía y había insistido. Bath siempre le había gustado. Walter, por lo contrario, la consideraba una ciudad provinciana y aburrida, pero teniendo en cuenta que el dinero era legalmente de Millicent y que el restaurante iba viento en popa no encontró motivos para negarse. Se preguntó ahora si su esposa le habría plantado cara si le hubiese dicho que no podían comprarla, algo le decía que sí. Era una casa pequeña y a las niñas les gustaba mucho ir a pasar allí las vacaciones de verano y también alguna que otra Navidad. En esas ocasiones, él se quedaba encantado en el restaurante y disfrutaba de estar solo en Londres. Nunca se había imaginado a sí mismo viviendo allí como ahora y estaba impaciente por irse. Él dormía en el antiguo dormitorio que había compartido con Millicent y había convertido la vieja habitación de Juniper en su despacho. Therese también vivía allí con él y ocupaba la habitación de siempre; igual que Anne, con la diferencia de que Anne se había mudado más tarde.

Llegó a la puerta del dormitorio de Therese y no pudo abrirla. Giró el pomo dos veces, molesto por no poder entrar y examinar las joyas. Tenía buen ojo para esas cosas, seguro que si las veía —apenas las recordaba— se haría una idea del valor que podían tener. Durante unos segundos se puso furioso con su hija, ¿a qué venía eso de cerrar a cal y canto? Pero tras aflojar los dedos y pensar un poco la justificó, era comprensible, Therese hacía bien de no fiarse de la chica que iba a limpiar, iba por horas y quién sabía qué clase de amistades tenía. Volvió a tragar la bilis, cuando residían en Londres la señora Apitz vivía con ellos y se encargaba de que él no estuviera al corriente de esas minucias. Recuperaría esa época y aquel bienestar. Su situación

actual era temporal, tal y como evidenciaba su atuendo y su estado de ánimo.

A pesar de que no había abandonado el apartamento en todo el día, y de que no tenía intención de hacerlo, llevaba un traje gris impecable, se había afeitado, perfumado y anudado la corbata igual que hacía cuando en el Musgrove se reunía la *creme de la creme de la city* al mediodía y los más infames y ricos londinenses de noche. En esa época, su momento preferido del día era cuando alguien, tanto daba si era alguien conocido e importante como si era un turista adinerado, entraba en el restaurante y quedaba boquiabierto al ver que el mismísimo propietario estaba allí para darles la bienvenida.

Esa clase de añoranza era en vano, se recordó que no tardaría en volver a ser el de siempre y caminó hasta la puerta de Anne. Giró el picaporte. Típico de su hija mediana ignorar sus consejos y confiar en la gente. Seguro que incluso tenía objetos de valor a simple vista. Cualquiera día esa chica de la limpieza, ¿cómo se llamaba?, desaparecería y Anne se quedaría sin nada. En otras circunstancias aprovecharía la situación para volver a sentarse con ella y recordarle que debía ser más diligente, pero aquel día era él el que se beneficiaba de la ingenuidad de su hija y lo dejó pasar. Observó el escritorio y las estanterías sin tocar nada, no quería delatar que había estado allí husmeando, y no encontró lo que estaba buscando ni tampoco nada de interés.

No tenía importancia, satisfacería su curiosidad más tarde. Esa misma noche hablaría con ellas y les pediría las joyas, y en unas semanas seguro que tendría a algún alemán iluso dispuesto a invertir en su nuevo restaurante. Además, sonrió al ver una fotografía que Anne tenía en la mesita de noche, seguía existiendo la posibilidad de Jack. Había sido un estúpido al dejarse llevar por la desesperación, claro que siempre podía decir que la muerte de Millicent le había afectado tanto que había perdido la cabeza por un tiempo y que ahora, por fin, se había recuperado. Sí, añadiría esa anécdota a su discurso cuando conociese a los alemanes.

2

Anne

Anne salió por la puerta trasera del restaurante donde trabajaba. La noche de mayo parecía sacada de enero y el cielo cubría Bath con nubes que anunciaban tormenta. Se había dejado el paraguas otra vez y esperaba llegar a casa antes de que la lluvia decidiese hacer su cuarta visita en lo que llevaban de semana. Maravillas del clima inglés o del cambio climático, últimamente la distinción no estaba clara. Cayó un rayo, oyó un trueno y las gotas de agua no tardaron en aparecer; Anne sonrió y recordó resignada el paraguas rojo que tenía abandonado en el fondo del armario. No le importaba mojarse un poco, pero su despiste rozaba ya el ridículo. Esa misma noche se había quemado la palma de la mano derecha al sacar una bandeja del horno sin guantes y le dolían los pies porque se había puesto los zapatos equivocados, unos que le iban pequeños pero que no había podido cambiar porque había perdido el recibo de la tienda y utilizaba solo muy de vez en cuando (básicamente cuando no tenía que hacer dos turnos seguidos). Lo peor era que el motivo de ese despiste o falta de concentración momentánea, que era como prefería llamarlo ella, no se debía ni a los exámenes que tenía al cabo de unas semanas ni a la entrevista de trabajo a la que iba a presentarse al día siguiente. Llevaba así meses, se negaba a reconocer que tal vez incluso años, y no podía quitarse de encima la sensación de que todos esos accidentes presagiaban un cambio.

Algo peludo salió corriendo de debajo de un coche y Anne, que ya estaba dándole vueltas a la idea de estar sufriendo una especie de maldición, dio un salto hacia atrás con la mano encima del corazón. Calles que de día eran

agradables y tranquilas de noche, y tras el chillido de un animal desconocido, podían resultar truculentas y aterradoras, así que Anne, aún inmóvil, inspeccionó las sombras que la acompañaban con más atención y algo de aprensión. El gato confirmó su identidad maullando, era tan pequeño que Anne sonrió y sonrojó, después este cruzó por delante de ella ignorándola y se detuvo ante una puerta por la que probablemente había visto escabullirse algo de su interés. Si fuera más valiente, pensó Anne, se acercaría allí e intentaría acariciarle, quizá incluso podría volver al restaurante y buscarle algo de comer, le llenaría un cuenco y se agacharía delante de él a la espera de que se lo comiese. Podría hacerlo cada noche y tal vez dentro de poco, en lugar de andar sola y despistada por la calle, y de preguntarse si estaba maldita o de buscar dónde estaba ese error que había hecho que la vida que quería se le escurriese por los dedos, el gatito caminaría a su lado y se sentiría menos sola. La soledad era como el frío, se le había metido dentro y no podía quitársela de encima. Y aunque no sabía qué hacer para volver a entrar en calor sí sabía que quedarse con ese gatito no era la solución.

A su izquierda y como si acabase de leerle la mente apareció otro gato, gata para ser más exactos porque se dirigió al pequeño y Anne observó la escena y reconoció la reprimenda. Los dos felinos se alejaron y la dejaron allí plantada, aunque tuvo la tentación de asegurarle a mamá gata que su vástago se había portado la mar de bien y no había corrido ningún peligro.

Suspiró, volvía a estar sola, pero al menos había dejado de llover. Ahora soplaban un viento fuerte y se había llevado la lluvia a otra parte. Se subió el cuello del abrigo y reanudó la marcha. La parada del bus estaba cerca y no faltaba demasiado para que el suyo llegase, pero cambió de planes y decidió volver a casa andando. El dolor de los pies ya no importaba y el frío tampoco, pensó, y a decir verdad no quería perderse en el traqueteo del autobús y quedar medio dormida. Se sentía alerta, más despierta de lo habitual por así decirlo, y quería aprovecharlo. Tenía el convenci-